

MIGALA

Aunque no nos veíamos desde la época del colegio, una serie de encuentros casuales había propiciado que aquella tarde saliéramos todos juntos a dar un paseo por la feria. La sincera alegría que nos había producido el reencuentro no tardó, sin embargo, en apagarse: unas compañeras con las que también habíamos quedado no se presentaron. Desanimados y echando pestes contra todas las mujeres del mundo, comenzamos a peregrinar de caseta en caseta. El tedio de una charla insustancial entre personas que nada tienen ya en común nos hizo pronto experimentar una sensación de fastidio. Por si esto fuera poco, la tarde, fría y desapacible, había terminado cerrando en lluvia. Aunque la feria comenzaba a quedar desierta, no nos decidíamos a marcharnos todavía. Necesitábamos ha-

cer algo que nos sacudiera el aburrimiento, pero sólo atinábamos a beber y beber.

En este estado de cosas, ofuscados por los vapores hipnóticos del alcohol, descubrimos una atracción que despertó nuestra curiosidad. Era una carpa de pequeño tamaño, pero decorada de la manera más fantástica. En un gran panel situado sobre su vértice podía verse, toscamente recortada, una descomunal y temible araña negra con cabeza de mujer. Entre sus pinzas, colgados desordenadamente de los hilos que la sustentaban, se balanceaban los cuerpos de sus presas, todas caballeros con pinta de no estarse precisamente divirtiendo. Este esperpento concentró nuestra atención de beodos desesperados. Un sencillo letrero luminoso dejaba leer el nombre de *Migala*. Tras dudarlo unos minutos nos decidimos a pasar dentro, donde al menos esperábamos resguardarnos de la lluvia.

Para gran satisfacción nuestra, Migala resultó ser una adivina, y mejor aún, una chica bastante mona, de esbelta figura y maneras refinadas. Sus ojos, grandes y oscuros, veíanse realzados por unas cejas estrechas y muy curvadas que le daban un aire misterioso e inteligente. Sus finos labios, plegados en un gesto desdeñoso, le hacían parecer también obstinada y amiga de salirse con la suya. No iba vestida de araña, tal como había sido nuestro infantil anhelo; sino ataviada con una larga túnica azul celeste, constelada de estrellas doradas, y un gorro cónico de las mismas caracterís-